



El trazo que respira, toca y canta



Hay lugares que guardan su memoria en monumentos, en calles antiguas, en plazas donde el viento parece repetir los nombres de quienes pasaron antes. Chillán Viejo tiene esa condición honda de territorio fundacional, pero también posee algo menos solemne y quizá más decisivo, lugares donde la comunidad se reúne a crear. Allí, en una clase de arte visual instalada en la biblioteca, ocurre una escena que vale más que muchas declaraciones sobre cultura. Una mesa, algunos colores, libros alrededor, música acompañando el pulso de la mano, niñas, niños, adolescentes y adultos mirando el papel como quien mira una ventana recién abierta. La imaginación adquiere peso, textura, mancha, borde, respiración.

Las clases de arte, no son adorno del horario ni pausa entre materias consideradas útiles. La pintura enseña a observar, a decidir, a equivocarse sin derrumbarse, a corregir una línea sin que el mundo se venga abajo. El instrumento enseña paciencia, escucha, coordinación, memoria corporal y respeto por el tiempo del otro. El canto, quizá la forma más antigua de reunirnos bajo un mismo aliento, enseña presencia, confianza y pertenencia. En cada práctica se entrena algo urgente, estar atento sin ser devorado por la ansiedad de producir resultados inmediatos.

La evidencia científica ha comenzado a decir, con lenguaje medido, aquello que muchas comunidades ya intuían. La Organización Mundial de la Salud reunió miles de estudios sobre artes, salud y bienestar, mostrando que la participación artística puede contribuir a la promoción de la salud, la prevención de malestares y el apoyo a procesos de cuidado.

En educación, se ha estudiado a la mayoría de las escuelas de Houston, EEUU con más de diez mil estudiantes y observaron que aumentar el acceso a experiencias artísticas se asoció con mejores resultados de escritura, mayor compasión y menos problemas disciplinarios. En música, revisiones recientes muestran beneficios en inteligencia emocional, habilidades prosociales, rendimiento académico y desarrollo

Chillán Viejo tiene una densidad histórica que no necesita ser repetida como postal. Su desafío, como el de tantas comunas chilenas, consiste en transformar esa herencia en futuro cotidiano. Las clases de pintura, instrumentos y canto cumplen precisamente esa tarea. Hacen que el patrimonio no quede encerrado en ceremonias, sino que circule por manos nuevas. Allí donde se enseña a dibujar, se enseña también a mirar la ciudad. Allí donde se canta, se aprende que la voz personal puede convivir con otras voces. Allí donde se toca un instrumento, se descubre que la belleza requiere disciplina, pero una disciplina distinta a la obediencia ciega "una disciplina con oído, con tacto, con alegría". Y una comunidad que se detiene, escucha y respira junta está mejor preparada para imaginar su porvenir.

cognitivo infantil.

Pero la importancia de estas clases no reside únicamente en sus efectos medibles. También importa lo que ocurre alrededor. En la biblioteca de Chillán Viejo, los libros no están como escenografía muda. Son una compañía silenciosa, un bosque ordenado donde cada volumen conserva una promesa. La comunidad aquilata los libros mientras pinta, los reconoce como vecinos de la imaginación, como objetos que enseñan que toda imagen puede tener relato y que todo relato puede buscar una forma visual. La música que acompaña la clase no funciona como simple fondo. Marca un ritmo, abre una atmósfera, ayuda a que el trazo encuentre temperatura. A veces una mano sigue la cadencia de una cuerda; otras, el color avanza con la suavidad de una voz.

Para los niños, niñas y adolescentes, estas experiencias son una primera alfabetización sensible. Antes de explicar el mundo con conceptos, aprenden a tocarlo con formas, aprenden a verla nacer lentamente.

Hoy por hoy, en tiempos donde las pantallas aceleran la mirada y fragmentan la atención como si la mente fuera una plaza llena de palomas nerviosas, el arte devuelve una pedagogía del tiempo. Una acuarela exige espera, pero también seguridad en el trazo. En tanto, un instrumento exige repetición tras repetición. Una canción exige otra condición distinta, como el respirar en el momento preciso. Ninguna de esas acciones se aprende por descarga ni por atajo, menos a través de un prompt, todas requieren presencia.

Para los adolescentes, el arte puede ser todavía más urgente. La adolescencia trae preguntas que no siempre caben en una conversación directa. Pintar, cantar o tocar un instrumento permite elaborar esas intensidades sin reducirlas a diagnóstico ni a sermón.

Un taller artístico ofrece un espacio donde el error no es una vía para la humillación, donde la diferencia puede ser un paso para convertirlo en estilo, donde el cuerpo encuentra una forma de decir sin quedar expuesto por completo. La autoestima aparece como consecuencia de comprobar que algo propio puede tomar forma ante otros.

También hay un beneficio comunita-

rio profundo. Una clase de arte en una biblioteca municipal produce encuentro entre generaciones, activa el uso de espacios públicos y amplía la idea de cultura más allá del espectáculo.

La cultura no ocurre solamente cuando llega un evento grande, con escenario, focos y autoridades en primera fila. Ocurre también un sábado en la mañana, cuando alguien aprende a mezclar colores. Cuando una niña descubre que el azul puede tener tristeza o profundidad. Cuando un adolescente entiende que una guitarra no se domina por fuerza, sino por escucha. Cuando una familia entra a la biblioteca y comprende que ese edificio también les pertenece.

Chillán Viejo tiene una densidad histórica que no necesita ser repetida como postal. Su desafío, como el de tantas comunas chilenas, consiste en transformar esa herencia en futuro cotidiano. Las clases de pintura, instrumentos y canto cumplen precisamente esa tarea. Hacen que el patrimonio no quede encerrado en ceremonias, sino que circule por manos nuevas. Allí donde se enseña a dibujar, se enseña también a mirar la ciudad. Allí donde se canta, se aprende que la voz personal puede convivir con otras voces. Allí donde se toca un instrumento, se descubre que la belleza requiere disciplina, pero una disciplina distinta a la obediencia ciega "una disciplina con oído, con tacto, con alegría".

Por eso, defender estas clases es defender una política pequeña solo en apariencia. En verdad, se trata de una inversión en salud emocional, convivencia, lenguaje, memoria y ciudadanía. Quien aprende a pintar aprende a detenerse. Quien aprende música aprende a escuchar. Quien aprende canto aprende a respirar con otros. Y una comunidad que se detiene, escucha y respira junta está mejor preparada para imaginar su porvenir.

En la biblioteca de Chillán Viejo, entre libros, colores y música, la imaginación se vuelve materia compartida. Se posa sobre el papel, vibra en una cuerda, aparece en una voz y se queda en la memoria de quienes asisten. Así el arte cumple su trabajo más luminoso: no embellece únicamente lo que existe, también ensancha lo posible.



Alejandro Arros Aravena
 Doctor en Educación,
 Académico Departamento de
 Comunicación Visual UBB